

Índice

PRÓLOGO	
<i>Sergio García Ramírez</i>	9
CONFESIÓN PRELIMINAR	35
<i>Capítulo I</i>	
EL FIN DE UNA REPÚBLICA	41
<i>Capítulo II</i>	
LA SOCIEDAD DE NACIONES	51
<i>Capítulo III</i>	
LOS BRIGADISTAS INTERNACIONALES	63
<i>Capítulo IV</i>	
LOS “NIÑOS DE MORELIA”	77
<i>Capítulo V</i>	
LA VISITA DEL BARÇA Y EL FIN DE LA SELECCIÓN VASCA	83
<i>Capítulo VI</i>	
LA CASA DE ESPAÑA EN MÉXICO	91

<i>Capítulo VII</i>	
OTROS TIPOS DE AYUDA	97
<i>Capítulo VIII</i>	
CAMPOS DE CONCENTRACIÓN Y REFUGIADOS	113
<i>Capítulo IX</i>	
CONFLICTOS ENTRE ELLOS	131
<i>Capítulo X</i>	
LA IRRUPCIÓN DE LOS NAZIS EN FRANCIA	141
<i>Capítulo XI</i>	
OPERACIONES DE MEXICANOS	151
<i>Capítulo XII</i>	
CASOS MUY DISTINGUIDOS:	
NICOLAU D'OLWER Y AZAÑA	173
<i>Capítulo XIII</i>	
NO TODO SALIÓ DEL TODO BIEN	201
<i>Capítulo XIV</i>	
BOSQUES EN MARSELLA	219
<i>Capítulo XV</i>	
Y AHORA, PORTUGAL	243
COLOFÓN	261
FUENTES CONSULTADAS	265

Prólogo

El “reencuentro”: México y España

Sergio García Ramírez



Lázaro Cárdenas, presidente de México,
de 1934 a 1940. Archivo de la Fundación
Lázaro Cárdenas y Amalia Solórzano

CON GUSTO y provecho sería lector atento de esta obra, beneficiario de sus enseñanzas y sugerencias, como lo he sido de otras del mismo autor. Pero recibí de José M. Murià un encargo diferente, más comprometedor: acompañarle con algunas líneas —necesariamente escasas y modestas— en este viaje por un tiempo distante, que se ha prolongado hasta el nuestro y avanzará más todavía.

Grata encomienda la que me dio Murià. Me honra y satisface. Aquello, el honor, porque la invitación proviene de un dilecto amigo y eminente historiador, a cuya sombra me acojo (“el que a buen árbol se arrima...”). Y lo segundo, porque el encargo que me hizo José María me permite transitar de nuevo caminos que en diversas oportunidades emprendí y que llevan a pasajes notables de la historia reciente —o más o menos reciente, con huella profunda en nuestros días— de México y España. Pasajes que establecieron una nueva relación entre nues-

tros pueblos, que son, finalmente, uno solo en ese conjunto infinito al que llamamos la “humanidad”.

No es necesario que abunde en la noticia sobre José M. Murià, mexicano jalisciense, ampliamente conocido, leído y apreciado en México y más allá de nuestras fronteras. Se sabe bien, sin que yo tenga que informarlo, que es un intelectual de gran mérito, de pensamiento libre y avanzado, demócrata, observador y analista excelente, que ha dedicado buena parte de sus tareas al estudio de Jalisco —y más: del occidente de México y del país en su conjunto—, tema en el que es autor o coautor de obras fundamentales. Obtuvo el doctorado en historia de El Colegio de México, bajo la tutela del gran maestro José Gaos, a quien me referiré en otros párrafos de mi prólogo.

Murià dirigió con autoridad académica, esmero y acierto El Colegio de Jalisco, institución de la que nuestro estado se enorgullece. Su desvelo dotó a El Colegio de la sede estupenda donde hoy se aloja en Zapopan.

Además, he tratado a José María como colega en afanes intelectuales, tanto en el Seminario de Cultura Mexicana, al que ambos pertenecemos, como en un círculo fraterno de amigos al que llama-

mos la “Tertulia del Convento”, fundado por otro notable jalisciense, José Rogelio Álvarez.

Aquí se analiza de nuevo, desde una perspectiva particular, la relación entre México y España. Este tema corre en nuestra sangre, en nuestras reflexiones, en nuestras dichas y desdichas. En otro tiempo, ya lejano —pero no olvidado—, la relación inició con violencia. No intentaré mayor relato sobre los acontecimientos de lo que hemos identificado como la Conquista y la Colonia. Ya en nuestros años, llegada la hora de caracterizar el hallazgo mutuo de indígenas y peninsulares, se utilizaría una expresión prudente que animara buenos sentimientos y remontara los malos recuerdos: “encuentro”, dijo el sabio profesor Miguel León-Portilla. Esto permitió salvar, a la hora de las celebraciones, la memoria de lo que fuera —si nos atenemos a una expresión vernácula— un “encontronazo”.

Pero lo que ahora me interesa, lo que quiero destacar con énfasis a propósito de la obra de Murià y de otras muchas cosas de las que somos beneficiarios, es el fecundo “reencuentro” que ocurrió en los años treinta del siglo pasado, se prolongó en los cuarenta, arraigó en la historia de ambas naciones y se mantiene vivo y fértil. Un reencuentro que hizo de nuevo —es decir, rehízo,

reconstruyó, recreó— el entendimiento entre españoles y mexicanos, y les llevó a darse, de ida y vuelta, lo mejor de cada uno para establecer finalmente un entendimiento fraterno, ahí donde la sangre encuentra su reposo, como enseña un hermoso fragmento náhuatl que alecciona a los visitantes del Museo Nacional de Antropología.

Dice Murià en el título de su obra, y dice bien: *De no ser por México...* ¿Y qué más, para completar ese título conforme a su intención y a su natural alcance? De no ser por México, pues, habrían perecido decenas de millares de seres humanos, abatidos en la guerra, sometidos en los campos de concentración —que no de “acogida”, como se dijo en el país que los instaló para desgracia de sus propias tradiciones—, postrados en los batallones de trabajo forzado, diezmados en todos los sitios a los que dirigieron sus pasos. En efecto: *De no ser por México...* Y se habría extraviado o perdido el genio de muchos hombres y mujeres que habían acumulado la inteligencia española y se vieron ante la disyuntiva de extinguirla, como parecía probable, o trasladarla a otros territorios donde echara raíz y diera nuevos frutos.

Me pregunto: ¿cómo fue posible que un país se privara de su inteligencia, expulsara a buena parte

de los herederos de su pasado y constructores de su destino? ¿Qué sería de nosotros si nos viésemos de pronto forzados por la mala suerte, a enfrentar un problema de esa dimensión gigantesca? Pasó en España. Y México, que acudió al rescate, dio patria a los afanes de quienes aquí rehicieron su vida, formaron discípulos, armaron instituciones, sumaron su voluntad, su imaginación y sus fuerzas a las de nosotros, mexicanos, para formalizar un “reencuentro” sobre la misma tierra y bajo el mismo firmamento.

Abundan los testimonios de aquel diluvio. Recojo algunos. Patricia W. Fagen informa: “Más de la mitad de los profesores universitarios de España fueron al exilio”, la mayoría en América, especialmente en México. Y José Antonio Matesanz: “Lo que llegó a nuestro país no fue una inmigración de tantas, sino el traslado de ‘una España completa en pequeño’”. Y Fernando Benítez: “México fue desde 1936 el asilo de las víctimas del fascismo triunfante”. En suma —advierte Francisco Mejía Flores—, México “llegó a convertirse en la capital del exilio político republicano español”.

En todo ello reside la “verdadera epopeya” —palabra de Murià— a la que esta obra se refiere, en la que participaron, de nuestra parte, funcionarios lúcidos y solidarios —verdaderos

estadistas—, muchos jóvenes imbuidos de los anhelos que puso en marcha la Revolución mexicana, un grupo de “diplomáticos de antes” y una “bенеmérita política exterior mexicana que difícilmente encontraría parangón en la historia de la Humanidad”, impulsada por los principios que condujeron a la “otrora distinguidísima Cancillería Mexicana”.

¿Qué se tuvo a la vista entonces? Murià lo expone en este libro. Comienza planteando, orteguianamente, la grave circunstancia: el mundo inestable, Europa agitada, la Sociedad de las Naciones impotente, las divisiones internas, las estrategias erróneas o fallidas. Sordera y ceguera en el borde del abismo. La migración se convirtió en alud, cuantioso, incontenible, cuando cayó la República y sus defensores acudieron a los Pirineos y buscaron refugio en Francia. Más de 400 mil españoles cruzaron esa frontera, angustiados por el profundo desvalimiento que padece quien de pronto se ve privado de bienes, patria y futuro. El torrente culminaría, por un tiempo, en centros de “acogida” o campos de concentración—más tarde abundarían en el extenso mapa de Europa—, donde los viajeros se hacinaron e iniciaron la “nueva vida”, si a esa existencia precaria se puede llamar vida.

En la obra de Murià se informa sobre las contingencias que padecieron los habitantes de los campos. Hay muchas narraciones de otras fuentes, muy cercanas a nosotros, que también ilustran acerca de esas contingencias. Mencionaré la que nos dejó Eulalio Ferrer, quien compartió toda suerte de avatares con sus padres y con decenas de millares de compatriotas. Es la crónica de la violencia externa e interna; el relato de la esperanza y la desesperanza; el testimonio del hacinamiento, la enfermedad, el odio y la muerte. Y en medio de todo, como una planta que germina en el fango, casi por milagro, una luz apareció entre los concentrados: “A todos nos quema el ansia de embarcar hacia México [...] Es un nombre mágico que alienta el deseo y nos deslumbra”. Ya culminaría, para muchos, esa expectativa venturosa.

De no ser por México... hace homenaje conmovedor a los mexicanos que pusieron todo el empeño que se requería, en la más amplia medida de sus fuerzas, para rescatar a los expatriados y con ello reasumir, para el futuro, la causa de la legitimidad contra el asedio de la violencia, momentáneamente victoriosa. Un empeño gallardo, aleccionador, memorable.

Honor a quien honor merece: en la primera línea, disponiendo y favoreciendo, el presidente Lá-

zaro Cárdenas. No hubo fatiga ni desmayo en la decisión del presidente. Movi6 “cielo y tierra” para conseguir el arribo a M6xico de los republicanos, asediados por el triple amago de los esbirros fascistas que cruzaban la frontera en busca de presas; los nazis que aguardaban en la avanzada de una guerra inminente o declarada, y el gobierno —llam6mosle as6— de Vichy, resuelto a colaborar con aqu6llos en la hostilidad a los refugiados o en la cacer6a de los notables que ser6an trasladados a Espa6a para el ejercicio de la venganza.

En la cr6nica de los afanes mexicanos —y espec6ficamente cardenistas— figura el mensaje del presidente al embajador de M6xico, Luis I. Rodr6guez. Anunci6 Cárdenas la voluntad de recibir a los republicanos que desearan trasladarse a nuestro pa6s, y para ello orden6 negociar con el gobierno de Francia el acuerdo que lo permitiera. El presidente mexicano hab6a dicho a Juan S. Vidarte en una carta de 1937, cuando se tem6a el triunfo del fascismo en Espa6a: “Si ese momento llegase [...] los republicanos espa6oles encontrar6an en M6xico una segunda patria”. Y esta decisi6n aflor6 con firmeza en el telegrama 1699 remitido al embajador el 1 de julio de 1940, cuando ya hab6a “llegado ese momento”:

Con carácter urgente manifieste al gobierno francés que México está dispuesto a acoger a todos los refugiados españoles de ambos sexos residentes en Francia [...] en el menor tiempo posible. Si el gobierno francés acepta todos los refugiados quedarán bajo la protección del pabellón mexicano.

En difíciles conversaciones se logró el acuerdo del 22 de agosto de 1940, suscrito en Vichy por el diplomático mexicano —uno de los actores de la hazaña, entre los más notables— y el ministro de Negocios Extranjeros de Francia: los republicanos podrían acogerse a la hospitalidad de México. Habría traslado de millares de españoles, de todas las procedencias, los sectores sociales, las edades y condiciones —niños y familias enteras—, que embarcarían hacia México. El gobierno de esta República, que apoyó en todo lo que pudo a la otra República en los días de la contienda, seguía asistiendo a los supervivientes de la catástrofe.

Murià ha dedicado varias obras a la odisea que ahora comento, tanto en campos de batalla como en espacios de reencuentro. Ha recorrido los escenarios de la guerra y de los acontecimientos que muchos migrantes protagonizaron en Francia: los campos de acogida o de concentración, las sedes de las

misiones mexicanas —embajada y alojamientos consulares, provisionales, en un tránsito azaroso—, el destino transitorio de los diplomáticos y sus familiares, primero en Mont Doré, Francia, atrapados por los colaboracionistas, y luego en Bad Godesberg, Alemania, capturados por los nazis.

Supongo la emoción que sintió Murià, devoto de la historia, pero más de la libertad y la solidaridad, al llegar a esos lugares, indagando localizaciones, recibiendo testimonios, recreando idealmente las circunstancias de entonces y la fortuna o el infortunio de mexicanos y españoles, todos atrapados en la incertidumbre y confiados en el ingenio y la decisión de salir adelante, contra viento y marea. En efecto, muchos salieron; otros quedaron en el intento.

Desde luego no sustituiré al autor de la obra en la narración de estos sucesos y en la presentación de sus personajes; sin embargo, quiero adherirme al homenaje que se hace a algunos protagonistas destacados en la “verdadera epopeya” que Murià describe. Entre tantos que merecen referencia —y la hay en la obra que los lectores tienen en sus manos— figuran compatriotas de la talla de Isidro Fabela, embajador de México en España, participante en foros donde elevó la re-

clamación de México contra el totalitarismo y reivindicó la legitimidad republicana; Luis I. Rodríguez, que con las armas de la razón o con las otras armas, que también podía portar y esgrimir virilmente, alentó y defendió a muchos republicanos, entre ellos el presidente Manuel Azaña, nada menos, asistido en ese momento crucial por Antonio Haro Oliva, joven militar adscrito a nuestra misión en Francia; Isidro Fabela, jurista, político, diplomático que apoyó a la República española en la Sociedad de las Naciones y en la embajada de México en España; Narciso Bassols, funcionario de una república progresista a la que representó con talento y denuedo.

La protección de México inició cuando se combatía en la capital de España, donde se hallaba la Legación mexicana. Una protagonista de aquellas horas y de la hospitalidad que nuestro país brindó a perseguidos, independientemente de su filiación política fue Mary Bingham de Urquidi, quien señaló que “el día 16 de marzo de 1937, Hermanos Becquer 3, la más humana de todas las representaciones diplomáticas en Madrid, cerró sus puertas después de ocho meses de intensa labor y de haber salvado lo menos unas 1,000 vidas españolas”.

En el grupo de los funcionarios mexicanos que Murià destaca en esta obra, se halla Gilberto Bosques Saldívar. Murià lo presenta como hombre “de impecable y valiente trayectoria revolucionaria”, desde el alzamiento de los hermanos Serdán en Puebla, a la vera de Madero. Durante mucho tiempo olvidamos a Bosques —amnesia que forma parte de nuestros peores y frecuentes achaques—; apenas lo hemos recordado recientemente. Merece ese recuerdo y mucho más todavía. Requiere el homenaje que los beneficiarios de su conducta —ante todo, la propia República mexicana, orgullosa de su funcionario ejemplar—, han comenzado a rendirle.

Gilberto Bosques, cónsul en la Francia derrotada, salvó la vida de millares de españoles, franceses, alemanes, judíos, civiles asediados o excombatientes brigadistas: alrededor de 80 mil personas —se dice—, a los que auxilió en el tránsito desde el cautiverio y la muerte cercana, hasta la libertad y la nueva patria que los acogería. Bosques brindó asilo y expidió pasaportes a esos migrantes, que continuarían su vida —salvada por el egregio compatriota— “bajo la protección de la bandera mexicana”.

Debo decir que Bosques salvó, entre otras vidas, la del padre de José María Murià: Josep María

Murià i Romaní, catalán, quien había participado en la batalla del Ebro. El hijo, autor de esta obra, me ha referido el hecho con emoción y gratitud inmensa. Sucedió que Josep M. Murià fue señalado por la Gestapo. En aquel trance, cuando pareció que todo estaba perdido, el cónsul mexicano tomó al perseguido por un brazo y elevó con el otro la bandera mexicana. Así se abrió camino entre quienes esperaban su turno para salir de Francia. Con paso enérgico, ademán resuelto, Bosques llevó a Josep María hasta el barco en que partiría para América. El cónsul no vaciló en brindar compañía, tutela, garantía, al catalán perseguido.

A eso debemos que José María, el hijo, pudiera nacer en México, emprender aquí —como devoto mexicano— su propia vida, beneficiarnos con su amistad y ofrecernos, entre otros trabajos que le debemos, este excelente libro en el que narra la vida de los combatientes convertidos en migrantes. Este suceso no aparece en la obra a la que agrego mi prólogo. Lo menciono porque José María me lo ha narrado, y porque es ejemplo de lo que hicieron algunos mexicanos —y uno entre todos— para abrir a los perseguidos el horizonte de nuestro México.

También es preciso mencionar —como anteriormente lo ha hecho Murià en diversas publicaciones,

y ahora lo reitera— a otros militantes generosos, cuyo recuerdo se ha desvanecido o se desvanecería si no fuese por la evocación que Murià nos brinda sobre ellos, en riesgo de convertirse en “soldados desconocidos”. Ahí están los jóvenes —y en este número, los jóvenes tapatíos— quienes llegaron a España para sumarse a los republicanos, en comunidad de ideales, y allá perdieron la vida o la comprometieron gravemente. En el conjunto de los combatientes se hallaron Néstor Sánchez, José Jaramillo, Tito Ruiz Marín, Silvestre Ortiz Toledo —quien sobrevivió—; los cadetes del Colegio Militar, Roberto Mercado, Roberto Vega González y José Conti, y los estudiantes preparatorianos de Guadalajara Carlos Gallo, Ricardo Solórzano y Manuel Zavala.

Acogidos bajo el pabellón de México, millares de republicanos desembarcaron en nuestros puertos: Veracruz, ante todo, que ha visto llegar o salir no pocas expediciones: algunas bienhechoras; otras sombrías. Doce barcos, por lo menos, trajeron a los republicanos. Recordemos, de la mano de Murià: *Flandre*, el primero que llegó a Veracruz, *Sinaia*, el más famoso, *Ipanema*, *Mexique*, *De Grasse*, *Nyassa*, *Marechal Lyautey*, *Guinea*, *Quança* —que antes se denominó *Ipiranga*— *Serpa Pinto*, *Syboney*, *Santo Tomé*.

El famoso *Sinaia* zarpó de Francia el 23 de mayo de 1939, con más de 1,600 pasajeros, y arribó a Veracruz el 13 de junio. A propósito de este viaje emblemático, reiteraré lo que he recordado en otro ensayo. Pedro Garfias, poeta en esa expedición insólita, colaboró en la publicación de un periódico a bordo, destinado a infundir aliento a los viajeros y preparar su llegada a México. El periódico se identificó como *Diario de la primera expedición de republicanos españoles a México*. El último número de esa publicación apareció el 12 de junio, un día antes del acceso a la tierra prometida. Ahí apareció un poema de Garfias, bajo el título “Entre España y México”, donde el autor quiso reflejar el ánimo de los pasajeros:

Qué hilo tan fino, qué delgado junco
—de acero fiel— nos une y nos separa,
con España presente en el recuerdo,
con México presente en la esperanza.

Otro escritor navegante, Juan Rejano, se refirió a los viajeros del *Sinaia* como “los conquistados de antemano por una tierra libre”. Llegado en diversa nave, Eulalio Ferrer narra su propia experiencia al desembarcar en la costa de México tras una larga navegación

entre puertos que los recibían y puertos que los rechazaban. El nuestro, Puerto México, se franqueó “con regocijo y música [...] Se derraman las lágrimas y los vítores [...]. Respiramos hondo. Respiramos libertad. Es el oxígeno que necesitábamos”. Vuelvo al título de la obra de Murià: *De no ser por México...*

Quiero pensar en el arribo de los primeros refugiados al puerto “heroico”: Veracruz, con sus habitantes reunidos en espera del desembarco, que ya se hacía: expresivos o silenciosos, mirando con ojos extrañados a los que descendían por la escalerilla del *Sinaia*, también ellos con mirada de extrañeza, expectantes, queriendo adivinar la tierra, las personas, el futuro. En las manos de los viajeros, cualquier cosa que pudieron salvar; y adentro, todo lo que rescataron de sí mismos y de la vida entera que había quedado mermada en las calles y los campos de España y en el severo tránsito de Francia. Especialmente los niños, desde ambos frentes: niños que descendían en el puerto, cuesta abajo —¿o arriba?—, mirando a otros niños que aguardaban en el muelle y que también los observaban en silencio, curiosos, todos interrogantes, preguntándose y discutiéndose. Habría algunas risas, algunas palabras, algunos auxilios. Como los de Morelia, que llegaron en grupo, acogidos a la benevolencia de un

pueblo desconocido —unas señoras, unos funcionarios—, de los que Cárdenas dio noticia a Azaña: han llegado los niños y los hemos recibido con afecto.

Instalados aquí, los refugiados españoles reanudaron el camino y justificaron la hospitalidad que se les brindaba con el don de su ciencia y experiencia; y además, finalmente, con la entrega de su vida. Citaré una expresión del expresidente de México, José López Portillo, prologuista de *El exilio español en México*.

Los refugiados quisieron ir más allá, batallar en todos los niveles del pensamiento y de la acción a favor de la comunidad que los acogía. Quisieron contribuir al engrandecimiento de un país que encontraban pujante, dueño de todas las expectativas y con largo camino por recorrer, no enteramente exento de obstáculos. En esta tarea, convertida en misión, en “reencuentro” fértil, ensancharon senderos, animaron ideas, proveyeron consejo y magisterio, crearon instituciones.

En aquel conjunto de instituciones figuraron o figuran, enhiestos, El Colegio de México, que comenzó su itinerario como Casa de España, impulsada por eminentes mexicanos: Alfonso Reyes y Daniel Cosío Villegas; la Academia Hispano Mexicana,

el Instituto Luis Vives, el Colegio Madrid —oriundo de la Institución Libre de Enseñanza, que creó Francisco Giner de los Ríos—, el Ateneo Español —que se tiene en pie—, la antigua Sociedad Mexicana de Crédito Industrial, punta de lanza esgrimida por Antonio Sacristán Colás, en una hora fecunda de la industrialización de México, la Benéfica Hispana. Y mucho más.

Nuestras profesiones se beneficiaron con el trabajo de los españoles *transterrados*, para utilizar la expresión que puso en curso José Gaos, exrector de la Universidad de Madrid, durante una comida de profesores de filosofía, españoles y mexicanos, presidida por Antonio Caso, narra Raúl Cardiel Reyes. No es este el lugar para referir lo mucho que aquéllos hicieron en cada espacio de las ciencias y las artes, habiendo arribado a todos. Los médicos, por ejemplo, destacaron en número y en aportaciones. José Coeli, que cita a Germán Somolinos, refiere que en el grupo de inmigrantes figuraron alrededor de 500 médicos, número que equivalía, en su hora, a la décima parte del cuerpo médico mexicano. Forjaron escuela —añaden los enterados— algunos facultativos de la talla de Isaac Costero, Rafael Méndez, Dionisio Nieto y José Puche.

¿Y qué decir de los filósofos, los historiadores, los antropólogos, los sociólogos, los escritores, que fueron legión? ¿Y de los arquitectos, pintores, cineastas, editores, actores, deportistas y otros mil practicantes de diversas disciplinas? Mencionaré algunos nombres, sólo algunos, además de los que ya he citado, tomados del universo heterogéneo donde se alojaron las artes y las ciencias: Manuel Pedroso, Luis Recaséns Siches, Constancio Bernaldo de Quirós, Mariano Ruiz Funes, Juan David García Bacca, José Medina Echevarría, Joaquín Xirau, Eduardo Nicol, Adolfo Sánchez Vázquez, Agustín Millares Carlo, José M. Gallegos Rocafull, Eduardo Nicol, Rafael Altamira, José Moreno Villa, José Miranda, Wenceslao Roces, Pere Bosch Gimpera, Juan Comas, Aurora Arnáiz Amigo, Manuel Sánchez Sarto, León Felipe, Juan José Domenchina, Ernestina Champourcin, Max Aub, Luis Cernuda, Rodolfo Haffter, Jesús Bal y Gay, Remedios Varo, José Bergamín, Josep Carner, Félix Candela, Luis Buñuel, Carlos Velo, María Zambrano, Enrique Díez Canedo, Margarita Nelken, Victoria Kent, Miguel Morayta —los dos del mismo nombre: el cineasta y el odontólogo—, Juan Grijalbo, Rafael Giménez Siles, Luis de Llano Palmer, José Alameda, Prudencia Griffel, Augusto Benedico, Álvaro Custodio, Ángel

Garasa, Amparo Villegas, Magda Donato, José Baviera.

No omitiré a quienes eran niños o adolescentes cuando arribaron a México y aquí labraron su vida y su fama, como José Miguel García Ascot, Santiago Genovés, Arturo Souto Alabarce, Carlos Bosch García, Vicente Rojo, Néstor de Buen. La referencia que he hecho a algunos inmigrados no va en menoscabo de otros. Todos forman filas en los testimonios de México y en el buen recuerdo de muchos mexicanos.

Por supuesto, en esta alusión movida por la gratitud y el aprecio, debo mencionar a los juristas de la migración; entre ellos, mis maestros en las aulas y fuera de ellas. Se les reconoce en nuestros hogares académicos: el Instituto de Investigaciones Jurídicas de la Universidad Nacional Autónoma de México, organismo que vio la luz bajo la conducción de Felipe Sánchez Román y Javier Elola, y la Facultad de Derecho. En ésta, un muro da cuenta de 21 catedráticos que enseñaron en sus aulas y coincidieron con los maestros mexicanos en la formación de varias generaciones de abogados. Su magisterio consta en una importante obra promovida por Fernando Serrano Migallón con el título *Los maestros del exilio español en la Facultad de*

Derecho. Fix-Zamudio, que conoce con profundidad las aportaciones de aquellos maestros al ámbito jurídico universitario, menciona la creación del profesorado de carrera, el establecimiento de los primeros seminarios y el impulso a los estudios de postgrado.

Aquí me limitaré a citar a don Niceto Alcalá Zamora y Castillo —hijo del primer presidente de la Segunda República española—, tratadista insigne, formador de una escuela jurídica-procesal en nuestro país. El viaje de padre e hijo a América, una travesía colmada de vicisitudes, consumió más de 400 días. Alcalá-Zamora dedicó una obra al entonces director de la Escuela Nacional de Jurisprudencia, Virgilio Domínguez, y añadió en la dedicatoria: “con la más honda expresión de gratitud hacia la Universidad Mexicana, que con insuperable espíritu de solidaridad ha permitido a tantos universitarios españoles proseguir sus actividades y rehacer su existencia”. Del mismo sentimiento participaron muchos profesores que iluminaron los salones de clase en el viejo barrio y en la nueva Ciudad Universitaria. Uno de ellos, Mariano Jiménez Huerta, se refirió a México en la dedicatoria de una obra como “la noble tierra que brindó gracia y consuelo a mi desventura”.

Hubo transterrados que llevaron su entusiasta adhesión a México, su voluntad de compartir trabajo y destino, a un punto que merece referencia. Fue el caso de Pelayo Vilar Canales, jefe de los servicios de su profesión en el campo republicano, quien atendió a los españoles en la residencia consular mexicana de Montgrand, en Marsella. Cuando México declaró la guerra a las potencias del Eje, el presidente Ávila Camacho anunció la decisión de actuar en forma consecuente, dentro o fuera de nuestro territorio: “donde las circunstancias lo necesiten”. El 22 de noviembre de 1943, el médico Vilar escribió a Cárdenas —en ese momento secretario de la Defensa Nacional— una carta en la que recordó que desde los días de la guerra civil en España había asumido “un compromiso de honor: el corresponder a la noble y desinteresada ayuda que México prestó a España”. Por lo tanto —destacó Vilar— “si cualquiera de las circunstancias que el presidente enumera, se produjesen, solicito el honor de formar parte de las unidades que dentro o fuera del territorio nacional combatan con el enemigo”.

Estoy consciente de que me he extendido demasiado en este prólogo. La culpa es de mi amigo José María y del tema de su obra. No podría decir menos cuando se trata de esa provocación y de esa

materia. En rigor, quisiera decir mucho más, pero colmaría la paciencia del autor —que ha sido benévolo— y del editor, mi generoso y querido amigo Miguel Ángel Porrúa. No se diga de los lectores, a los que este prólogo —si lo miran— pudiera demostrar su ingreso a lo que importa de veras: la obra de Murià y la recapitulación que en ella se formula bajo una denominación muy elocuente.

Vuelvo a preguntar, con Murià, ¿qué hubiera sido de los actores de la lucha republicana, inmigrados en Francia, proscritos y perseguidos, si no hubieran tomado la mano hospitalaria que México tendía? Y también: ¿cuál fue el aporte que aquéllos hicieron a nuestras artes y ciencias, en sociedad de afanes con los mexicanos? El saldo de este reencuentro entre México y España fue favorable para todos. La obra de José M. Murià celebra con justicia la hazaña compartida a la que califica, como dije, de “epopeya”. Ésta puebla un capítulo de la historia común en la que finalmente nos reencontramos.

[Ciudad Universitaria, México, septiembre de 2018]

SGR

Confesión preliminar

JMM



Alfonso de Rosenzweig, Gilberto Bosques, José M. Murià,
atrás Laura Bosques, Feodora Rosenzweig y Francisco del Río

DEBO CONFESAR *que, a pesar de haber ejercido el oficio de historiar durante casi seis décadas, este pequeño libro no aspira a ser una obra historiográfica propiamente dicha. Pero ello no quiere decir que soslaye la obligación de intentar “decir la verdad y solamente la verdad”, aunque es posible que, por causa de la emoción que me produce el tema, incurra involuntariamente en exageraciones y uno que otro error.*

A fin de cuentas, cuando se piensa en los horrores que, de no ser por México, hubieran padecido además aquellos millares de españoles que pagaron muy cara su pretensión de hacer del suyo un país democrático, instruido y socialmente más equilibrado, dado que la nota predominante sigue siendo hoy la intolerancia, la cerrazón y una mentalidad mayormente feudal, me doy cuenta de que resulta difícil interiorizarse en el tema con la pulcritud y frialdad del quehacer académico.

Asimismo quiero decir que, si hubiera tenido yo madera para ello, habría preferido escribir este pequeño libro en verso. Supongo que se debe a que estoy en verdad convencido de que se trata de una verdadera epopeya, con méritos más que suficientes como para ser narrada por la expresión literaria suprema, que es la poesía.

Lamentablemente, mi mundo es el de la prosa académica y, como se verá, tampoco he logrado desprenderme de las formas convencionales a que nos induce el cubículo de investigación. En consecuencia, el resultado quizá, como se dice en Sudamérica, no sea “ni chicha ni limonada”.

Es el caso de que he sentido una fuerte obligación de escribirlo precisamente porque considero que lo tratado constituye una grandiosa gesta realizada por mexicanos de verdad, en su mayoría jóvenes plenamente imbuidos de los anhelos obtenidos de la Revolución mexicana y de uno de los mejores gobiernos que de ella han emanado.

No me importa que cada vez seamos menos a quienes nos guste ver izada nuestra Bandera y escuchemos siempre con respeto las notas de nuestro Himno Nacional, aunque racionalmente podamos discrepar de su anacrónica letra, excesivamente bélica.

La emoción que me producen tanto la una como las otras son resultado de lo que siento por un país en el que nací, he vivido casi siempre y, eso sí, conozco, puede decirse, que de punta a cabo, así como, hasta donde he podido, también su muy compleja y a veces lacerante historia, que he estudiado sin interrupción desde que era niño. Sin embargo, los resultados electorales del día 1 de julio de 2018 pueden inducirnos a suponer que un nacionalismo renovado, abierto y con firmes compromisos sociales puede ocupar todavía un lugar importante en el ánimo de los mexicanos de verdad.

Lo cierto es que, habiéndome criado en las ciudades de México y Guadalajara con un espíritu que algunos denominan “juarista”, sigo, a mucha honra, imbuido de una fuerte vocación patriótica que da lugar también a que me emocione hasta las lágrimas al recordar lo que hizo aquel puñado de mexicanos a que se refieren estas páginas, a favor de la democracia y los derechos humanos en la península ibérica y en Francia, durante aquellos años en que la hegemonía del fascismo parecía ser incontenible en Europa.

Pero, además, me ha incitado a escribir sobre ello, aunque haya sido basado más que nada en

mi particular perspectiva y con muy pocos conocimientos de política y derecho internacional, el hecho lamentable de que la mayor parte de los mexicanos ignore todo o una parte medular de lo realizado por aquellos paisanos nuestros, máxime en estos tiempos que corren en que las cosas no le han salido bien a nuestro país y, lo peor, se desató una tendencia a denostarlo a más no poder entre ciertos grupos sociales generalmente encumbrados.

De los acontecimientos de que se habla aquí casi no lo hacen los libros de historia general de México más socorridos, incluyendo aquellas síntesis que alcanzan a un mayor número de escolares.

Son, pues, estas pocas páginas una manera muy particular de gritar, ¡Viva México!, de un viejo que ha vivido siempre con tal premisa y está ya viendo cerca el final de su camino.

[Zapopan, Jalisco, septiembre de 2018]

Fuentes consultadas

- AGUILERA, Gemma. *Agent 447: L'home que va detenir al President Companys*. Valencia: Tres i quatre, 2011.
- ÁLVAREZ DEL CASTILLO, Juan Manuel. *Memorias*. Guadalajara: s.e, 1960.
- ARÓSTEGUI, Julio. *Francisco Largo Caballero: la última etapa de un líder obrero*. Madrid: Fundación Largo Caballero, 1990.
- BARAJAS DURÁN, Rafael. *La raíz nazi del pan*. México: El Chamuco, 2014.
- BEDIA ESTRADA, Josué. *Luis I. Rodríguez, su vida en la historia*. Rodolfo Echeverría Ruiz (pról.). León: Unidad Revolucionaria de Guanajuato, 2013.
- BEHRENS, Benedikt. “La ayuda militar de México a la segunda República española durante la Guerra Civil”. Sánchez Andrés, Agustín y Pedro Pérez Herrero. *Historia de las relaciones entre España y México, 1821-2014*. Roberta Lajous Vargas (pról.). Madrid: Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo-Universidad de Alcalá, 2015, pp. 347-379.
- . “La colaboración entre el SERE y las autoridades mexicanas en el traslado de los republicanos españoles a México, 1939”. *Secuencia*, núm. 72, México: Instituto Mora, septiembre-diciembre, 2008, pp. 37-81.
- BENET, Josep. *La mort del president Companys*. Barcelona: Edicions 62, 1998.
- BOSCH I CUENCA, Pere. “La trampa de l'exili”. *El Punt Avui*. Barcelona, 22 de noviembre de 2017.

- BOSQUES SALDÍVAR, Gilberto. *Chiautla y Puebla en mi vida*. Alberto Enríquez Perea (pról.). Puebla: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2015.
- . *Historia oral de la diplomacia mexicana*, vol. II. Graciela de Garay (coord.). México: Secretaría de Relaciones Exteriores, 1988.
- CAMPOS, Marco Antonio. “Combatientes mexicanos en la Guerra Civil española”. *La Jornada Semanal*. México, 5 de octubre de 2008.
- CARRIEDO CASTRO, Pablo. “Los hombres de Lázaro Cárdenas: Apuntes sobre la ayuda mexicana al exilio español de 1939”. *Nómadas. Revista crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas*. Universidad Complutense de Madrid, 2009. Disponible en: <http://revistas.ucm.es/index.php/NOMA/article/view/NOMA0909240111A/26162>, consultado el 10 de septiembre de 2018.
- CASTRO BRANDÁO, Fernando de. *Relaciones diplomático-consulares entre México y Portugal*. México: Secretaría de Relaciones Exteriores, 1982.
- CASTRO VALLE, Alfonso. *Historia oral de la diplomacia mexicana*. Vol. 1. México: Secretaría de Relaciones Exteriores, 1987.
- CEDILLO, Juan Alberto. *Los nazis en México. La Operación Pas-torius y nuevas revelaciones de la infiltración al sistema político*. México: DEBATE, 2013.
- COLOMINA LIMONERO, Inmaculada. *Los niños de la guerra de España, en la Unión Soviética*. III Congreso sobre el Republicanismo. Madrid, noviembre de 2004.
- CONSTENLA, Tereixa. “El regreso de la bandera de Azaña”. *El País*. Madrid, 4 de noviembre de 2008.
- CORONA PÉREZ, Sergio Antonio. “El general Francisco”. *El Siglo de Torreón*. México, 14 de abril de 2013. Disponible en: <https://www.elsiglodetorreon.com.mx/noticia/859702.el-general-francisco.html> consultado el 9 de abril de 2018.

- ENRÍQUEZ PEREA, Alberto (intr. y recopil.). *México y España. Solidaridad y asilo político 1936-1942*. México: Secretaría de Relaciones Exteriores, 1990.
- FERRER, Miquel. *La Generalitat de Catalunya a L'exili*. Barcelona: Aymà, editora, 1977.
- FRESCO, Mauricio. *La emigración republicana española. Una victoria de México*. México: Editores Asociados, 1950.
- GARCÉS CONTRERAS, Guillermo. *México: 50 años de política internacional*. México: Partido Revolucionario Institucional-ICAP, 1982.
- GÓMEZ, Luis. “El cazador de rojos”. *El País*. Madrid, 28 de septiembre de 2008.
- HANFFSTENGEL, Renata von y Cecilia Tercero Vasconcelos. *Textos e imágenes de la exposición en homenaje al embajador don Gilberto Bosques 1892-995*. 2ª ed. México: CONACULTA-Instituto de Investigaciones Interculturales Germano-Mexicanas Rosa Luxemburg Stiftung-Instituto del Derecho de Asilo, Museo Casa León Trotsky, A.C., 2012.
- HERRERA LEÓN, Fabián. *México en la sociedad de naciones, 1931-1940*. México: Secretaría de Relaciones Exteriores, Dirección General del Acervo Histórico Diplomático, 2014.
- HERRERÍN LÓPEZ, Ángel. *El dinero del exilio. Indalecio Prieto y las pugnas de posguerra (1937-1947)*. Madrid: Siglo XXI, 2007.
- JULIÀ, Santos. *Vida y tiempo de Manuel Azaña (1880-1940)*. Madrid: Tauros, 2008.
- KLOYBER, Christian. *Exilio y cultura. El exilio cultural austriaco en México*. México: Secretaría de Relaciones Exteriores, 2002.
- LEÓN-PORTILLA, Ascensión de. *España desde México. Vida y testimonio de transterrados*. México: UNAM, 1978.
- LIDA, E. Clara, José Antonio Matesanz y Josefina Zoraida Vázquez. *La Casa de España y El Colegio de México: Memoria 1938-2000*. México: El Colegio de México, 2000.

- LOZANO, Irene. *Federica Montseny: una anarquista en el poder*. Madrid: ESPASA, 2005.
- MALGAT, Gérard. *Gilberto Bosques. La diplomacia al servicio de la libertad, París-Marsella (1939-1942)*. Pref. Stéphane Hessel. México: CONACULTA-Vanilla Planifolia, 2013.
- MARÍN, Miguel A. “El Convenio franco-mexicano de 23 de agosto de 1940 sobre los republicanos españoles refugiados en Francia”. *Historia y Vida*, año XXVI, núm. 304, julio, Madrid, 1993.
- MARTORELL, Manuel. “Dos navarras en la resistencia francesa”. *Aventura de la historia*, núm. 227, Madrid, septiembre de 2017, p. 47.
- MATEOS, Abdón. *La batalla de México. Final de la Guerra Civil y ayuda a los refugiados, 1939-1945*. Madrid: Alianza Editorial, 2009.
- MATESANZ, José Antonio (recop.). *México y la República española. Antología de documentos, 1931-1977*. México: Centro Republicano Español de México, 1978.
- MEJÍA Flores, José Francisco. *México y España: exilio y diplomacia, 1939-1947*. México: Centro de Investigaciones sobre América Latina y El Caribe, UNAM, 2017.
- MIRANDA, José. “La Casa de España”. *Historia Mexicana*, vol. XVIII (69), México: El Colegio de México, julio 1968-junio 1969, pp. 1-10.
- MORALES OYARVIDE, César. “El entierro mexicano de Manuel Azaña”. *Nueva Tribuna*. España, 13 de julio de 2013. Disponible en: <http://www.nuevatribuna.es/articulo/america-latina/el-entierro-mexicano-de-manuel-azana/20130713140426094704.html>, consultado el 9 de abril de 2018.
- MURIÀ, José M. *Frente a las balas de Franco*. David Zaragoza Núñez (pref.). Guadalajara: Editoriales e Industrias creativas de México S.A. de C.V., 2017.

- . “Gilberto Bosques. Diplomacia y humanismo”. *La Jornada Semanal*. núm. 896, México, 6 de mayo de 2012, pp. 8-9.
- . “Muerte en México y sepelio de un presidente español: Manuel Azaña Díaz”. *Este País*. México, núm. 251, 1 de marzo de 2012, pp. 42 y 43.
- . (coord.). *Diccionario de los catalanes de México*. Zapopan: El Colegio de Jalisco, 1996.
- . *Vivències d'un separatista*. Barcelona: El Llamp, 1985.
- MURIÀ I ROMANÍ, Josep Ma. *Vivències d'un separatista*. Josep-Lluís Carod-Rovira (pról.). 2ª ed. Lleida: Pagès editors, 2001.
- PAYÁ VALERA, Emeterio. *Els nens espanyols de Morelia. L'exili infantil a Mèxic*. Dolores Pla Brugat (pról.). Lleida: Pagès editors, 2002.
- PEREA, Héctor. *Jugarse el cuero bajo el brío del sol. Brigadistas mexicanos en la guerra de España*. México: UNAM, 2008.
- PONIATOWSKA, Elena. “Gilberto Bosques I”. *La Jornada*, México, 23 de junio de 2010.
- . “Gilberto Bosques II”. *La Jornada*, México, 24 de junio de 2010.
- PORTA I CASANELLAS, Jaume (coord.). *Doctorat Honoris Causa a L'exili Català, per la Universitat de Lleida*. Lleida: Universitat de Lleida, 2002.
- PORTELL, Raimon y Salomó Marquès. *Els Mestres de la República*. Badalona: Ara Llibres, S.L., 2006.
- PRADOS, Luis. “Los fugitivos de Franco”. *El País*. México, 25 de noviembre de 2012.
- . “Querida Tierra hermana...”. *El País*. México, 18 de noviembre de 2012.
- . “Los Schindler mexicanos”. *El País*. México, 22 de noviembre de 2012.

- RODRÍGUEZ, Luis I. *Ballet de Sangre. La caída de Francia*. México: Ediciones Nigromante, 1942.
- . *Discurso de toma de posesión como presidente del Comité Central Ejecutivo*. México: Partido de la Revolución Mexicana, 2 de abril de 1938.
- . *Misión de... en Francia: la protección de los refugiados españoles, julio a diciembre de 1940*. Pról. de Rafael Segovia y Fernando Serrano Migallon. México: El Colegio de México-Secretaría de Relaciones Exteriores-Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, 2000.
- RUBIÓ COROMINA, Jordi. *L'èxodo Català de 1936 a través dels Pirineus*. Catalunya: Editorial Gregal, 2015.
- SÁNCHEZ ANDRÉS, Agustín y Pedro Pérez Herrero. *Historia de las relaciones entre España y México, 1821-2014*. Roberta Lajous Vargas (pról.). Madrid: Universidad Michoacana de San Miguel Hidalgo-Universidad de Alcalá, 2015.
- y Juan Carlos Pereira Castañares (coords.). *España y México. Doscientos años de relaciones 1810-2010*. Morelia: Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2010.
- SÀNCHEZ DIPP, Natàlia. *De l'Empordà a l'exili de Mèxic. Apunt biogràfic de Josep Marull Carré (1912-1987)*. José M. Murià (pról.). Lleida: Pagès Editors, 2010.
- SÁNCHEZ H., Néstor. *Un mexicano en la guerra civil española y otros recuerdos*. 4ª ed. Oaxaca: Carteles Editores, 2014.
- SAURET GARCIA, Joan. *L'exili polític català*. Barcelona: Aymà, 1979.
- SEGOVIA, Rafael y Fernando Serrano Migallón. "Prólogo". *La protección de los refugiados españoles, julio a diciembre de 1940*. México: El Colegio de México-Secretaría de Relaciones Exteriores-Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, 2000, pp. 7-10.
- SIMÓN, Ada y Emilio Calle. *Los barcos del exilio*. Madrid: OBERON, 2005.

- SOLA AYAPE, Carlos (coord.). *Los diplomáticos mexicanos y la Segunda República Española (1931-1975)*. Ángel Viñas (pról.). Madrid: FCE-Cátedra del Exilio, 2016.
- SOBREQUÉS I CALLICÓ, Jaume. *Historia de Cataluña*. 3ª ed. Barcelona: Editorial Base, 2016.
- SOLER, Jordi. “La misión del embajador Rodríguez”. *El País Semanal*, núm. 1/410, México, 5 de octubre de 2003.
- SOTO Páez, Ernesto. “Misión cumplida”. *El Universal*. México, 21 de noviembre de 1999.
- TUÑÓN, Mateo. *Hacia la libertad*. Arnau Murià (pról.). Lleida: Editorial Milenio, 2010.
- VALERO PIE, Aurelia. *José Gaos en México: una biografía intelectual, 1938-1969*. México: El Colegio de México, 2012. [Tesis doctorado en Historia].
- VARIOS. *Gilberto Bosques. Mexicano universal*. México: Cámara de Diputados, 2010.
- VELÁZQUEZ, Francisco (coord.). *Estudios catalanes en Jalisco*. México: INAH, 2016.
- VILAR CANALES, Pelayo. *Guerra y exilio. Memorias de un médico catalán en la sanidad militar republicana. 1936-1942*. México: Ateneo Español de México, 2018.